

La calle para el miércoles 14 de enero de 2009
Diario de un espectador
Pacheco septuagenario
por miguel ángel granados chapa

Este año cumple setenta José Emilio Pacheco, uno de los escritores más diversos y refinados de México. Su ingreso a la condición de septuagenario será celebrado de varias maneras a lo largo del año. Nosotros nos unimos al festejo reproduciendo en tres entregas un cuento muy original, escrito en verso y en cinco actos. Lo publica en su número de enero la *Revista de la Universidad de México*, y se titula “El señor Morón y la Niña de Plata o Una imagen del deseo”.

“Primer acto.

Cómo se acicalaba noche tras noche/ para ocupar su asiento en primera fila,/ aquel señor Morón a quien nuestro grupo de teatro/ juzgaba el hazmerreír, el invasor, el viejo asqueroso,/ capaz de suponer que con regalos y flores/ y elogios delirantes en un periódico infame / iba a ser suya algún día/ nuestra fugaz estrella hermosísima,/ Casi desnuda y casi adolescente,/ interpretaba con verdadera gracia y talento/ a La Niña de Plata, en mi versión, / que era un modo indirecto de venerarla../ (Dice Lope de Vega que la llaman así/ porque al verla ‘todos los ojos/ codician a La Niña como a la plata.

“La terminar la función La Niña de Plata/ se transformaba en Estrella de la noche/ y hacía el amor como nadie/ con el afortunado de aquel grupo/ que le gustaba un momento./ Encendía la furia inevitable/ de las actrices que representaba / a Zulema, a Teodora, a Marcela, a La esclava.

“La Reina había trazado las fronteras:/ ‘En mi cuerpo yo mando. No quiero ser/ propiedad de hombre alguno./ Y las reglas del juego son muy simples:/ nada de celos ni rivalidades./ Y no se hable de amor: eso no existe”.

“Segundo acto.

“En la historia que sangra, en la tragedia/ de nuestra humanidad, hubo unos años/ entre el descubrimiento de la píldora/ y la brutal aparición del sida,/ unos años de lumbre en que la gente/ pudo hacer cuanto quiso con sus cuerpos, / sin miedo de embarazos ni contagios.

“De las generaciones desdichadas/ que han arruinado sin piedad la Tierra,/ sólo los de entonces fueron libres,/ o al menos creyeron la utopía./ Tampoco funcionó. La Niña de Plata,/La reina de la noche y el deseo/ acabó con el grupo, sembró el odio./ Su libertad nos convirtió en esclavos, / torturados por la más doliente pasión,/ corroídos por el más loco amor/ en la guerra de todos contra todos.

“Pero mientras duró la temporada,/ con señas, actitudes, gestos, guiños,/ decíamos cada noche al señor Morón,/ la pobre víctima cuya única culpa / era amar y desear, pero a destiempo:/ ‘Este mundo es el nuestro. En él no entra nadie/ que no tenga veinte años como nosotros./ Por ahora somos los jóvenes,/ ya que no lo seremos para siempre./ No soportábamos el horror de ver,/ como en espejo cóncavo, la imagen/ de aquello en lo que vamos a convertirnos,/ a menos que nos preste/ oportuna licencia la Madre Muerte .

8. Como veremos más adelante, se sometió a Galileo a una forma mucho más suave de *territio verbalis*, sin llegar a conducirlo a la cámara de torturas.

9. Citado en *Johannes Kepler in seinen Briefen*, op. cit., vol. II, pp. 183 y s.

10. *Harmonices mundi libri v*, Linz, 1619. A veces se cita erróneamente este libro abreviando el título *Harmonices*, como si la ese correspondiera al plural, cuando realmente corresponde al genitivo. La forma abreviada correcta es *Harmonice mundi* o, simplemente, *Harmonice*.

traron los instrumentos y le describieron detalladamente su uso y sus efectos en el cuerpo; luego le dieron una última oportunidad de confesar su culpabilidad. Era tal el terror que inspiraba aquel lugar, que gran número de víctimas se derrumbaba y confesaba en ese momento.⁸ Las reacciones de la madre de Kepler están descritas en el informe del preboste al duque, como sigue:

Habiendo intentado, en presencia de tres miembros del tribunal y del escribano de la ciudad, persuadir amistosamente a la acusada, y habiendo recibido a cambio contradicciones y negativas, la conduje al lugar habitual de tortura y le mostré al ejecutor y sus instrumentos, y le recordé seriamente la necesidad de decir la verdad, y el gran dolor y sufrimiento que le aguardaban. Sin hacer caso de estas serias advertencias y admoniciones, se negó a admitir y confesar la acusación de brujería, y dijo que, aunque le arrancaran las arterias de su cuerpo una tras otra, no tendría nada que confesar; después cayó de rodillas y rezó un *pater noster*, y pidió que dios mandase una señal de si ella era una bruja o un monstruo o había tenido algo que ver con la brujería. Estaba dispuesta a morir, dijo; dios revelaría después de su muerte la verdad y la injusticia y violencia a que la sometían; lo dejaba todo en manos de dios, que no retiraría de ella al espíritu santo, sino que sería su apoyo. [...] Habiendo persistido en sus contradicciones y negativas referentes a la brujería, y habiéndose mantenido firme en su actitud, la hice conducir de nuevo a su lugar de reclusión.⁹

Una semana después, pusieron en libertad a la madre de Kepler, tras 14 meses de prisión. No pudo, sin embargo, volver a Leonberg, porque la población amenazaba con lincharla. Seis meses después, murió.

En estas condiciones, Kepler escribió *Harmonice mundi*,¹⁰ obra en que ofrecía a sus contemporáneos la tercera ley del movimiento planetario.

HARMONICE MUNDI

Kepler acabó esta obra en 1618, tres meses después de la muerte de Katherine y tres días después de la defenestración de Praga. No había ninguna ironía en el título; la única que se permitió se halla en una nota a pie de página (en el capítulo sexto del libro quinto), donde se trata de los sonidos emitidos por los distintos planetas mientras zumbaban a lo largo de sus órbitas: "La Tierra canta mi-fa-mi, de lo cual podemos deducir que *Miseria* y *Fames* [la miseria y el hambre] reinan aún en nuestro mundo."

Harmonice mundi es una especie de Cantar de los cantares matemático dedicado "al gran armonizador de la creación"; es el ensueño de Job de un universo perfecto. Si se lee el libro junto con las cartas relativas al juicio por brujería, la excomunión de Kepler, la guerra y la muerte de su hijo, se tiene la impresión de asistir a la representación de



“Tercer acto

Frente a nuestra edad actual el señor Morón/ quizá no sería tan viejo como nosotros ahora,/ pero sus canas teñidas y sus arrugas maquilladas,/ su aspecto de villano del peor cine,/ nos hacían verlo entre risas /como un Stegosaurus ungulatus, / una bestia prehistórica/ que intentara acercarse/ a la hoguera y la orgía del Homo ludens.

“Estigmas ominosos su traje a rayas,/ su flor en el ojal, su pañuelito doblado, su bigote estilo Clark Gable/ y el aroma excesivo a colonia Sanborns./ Todo él esperpento, gárgola,/ piltrafa, ruina, carroña/ ante el cuerpo tan nuevo de La Niña de Plata/ y su cara perfecta de aquellos años.

“A veces, contra cercos y prohibiciones,/ el señor Morón lograba colarse/ por soborno o a fuerza en los camerinos/ para ofrendarle rosas y collares de ópalos./ La Niña me escogía por ser el menos violento,/ el que no iba a insultarlo ni zarandearlo./ Me tomaba del brazo para impedir el escándalo/ y ahuyentar sin defensa al desdichado.”

5. C, p. 243.

medio de sorprendentes proyectos y acciones insólitas, mi incansable búsqueda de las causas y su interpretación, mi angustia espiritual por la gracia.”⁵

No tenía a nadie con quién hablar, ni siquiera con quién pelearse. Esta última necesidad, sin embargo, la cubrió al cabo de un tiempo el párroco local, un tal Daniel Hitzler. También procedía de Württemberg y conocía muy bien las escandalosas desviaciones criptocalvinistas de Kepler. Discutieron en la primera ocasión en que éste fue a comulgar. Kepler negó, como siempre lo había hecho, la doctrina luterana de la ubicuidad, la omnipresencia en el mundo, no sólo del espíritu, sino del cuerpo de Cristo. Hitzler insistía en una declaración escrita de conformidad con la doctrina (que, más tarde, fue retirada de la teología luterana); como no aceptó hacerla, Hitzler le negó la comunión. Kepler se quejó en una ferviente petición al consejo de la iglesia de Württemberg, y éste le respondió con una larga, paciente y paternal carta de amonestación, en la cual le decía que debía dedicarse a las matemáticas y dejar la teología a los teólogos. Para recibir la comunión, se vio obligado a acudir a una parroquia fuera de Linz, cuyo párroco era, al parecer, de mentalidad más abierta. El consejo de la iglesia, por su parte, aunque respaldaba al pastor Hitzler, no hizo nada por impedir a su colega que administrara la comunión a la oveja descarriada, que continuó protestando contra el que se coartara su libertad de conciencia y quejándose de que las habladurías lo calificaban de ateo y traidor, de que estaba intentando conseguir el favor de los católicos mientras procuraba agradar a los calvinistas. Sin embargo, su constante deambular entre las tres confesiones distintas parecía concordar con su naturaleza más profunda:

Me hiere el corazón el que las tres fracciones hayan desgarrado miserablemente la verdad hasta hacerla pedazos, de tal modo que he tenido que recoger los fragmentos, donde he podido encontrarlos, para reunirlos de nuevo. [...] Me preocupo por reconciliar las partes unas con otras donde puede hacerse con sinceridad, de modo que pueda yo vivir con todas ellas. [...] Ved cómo me siento atraído por las tres partes, o al menos por dos de ellas contra la tercera, y deposito mis esperanzas en un posible acuerdo; pero mis oponentes están atraídos sólo por una parte, pues imaginan que tiene que haber una irreconciliable división y rivalidad. Mi actitud, con la ayuda de dios, es cristiana; la suya, no sé lo que es.⁶

6. C, pp. 252 y s.

Era el lenguaje de Erasmo y de Tiedemann Giese, de la edad de oro de la tolerancia, pero estaba por completo fuera de lugar y tiempo en la Alemania inmediatamente anterior a la guerra de los treinta años.

Sumergido en ese desastre europeo, Kepler tuvo que soportar una prueba más: una especie de horrible epiciclo privado girando en la gran rueda. Habían acusado de brujería a su anciana madre y estaba en peligro de que la quemaran viva. Los procesos duraron seis años, de